

José FUENTES MARES, *Las memorias de Blas Pavón*. México, Jus, 1966. 168 pp. (México Heroico, 62).

El historiador José Fuentes Mares ha tenido una idea luminosa: crear un personaje y hacer historia de uno de los períodos más importantes de la historia mexicana, a través de lo que puede haber sido la perspectiva de una vida individual. Claro, llevar a cabo empresa semejante requiere un conocimiento exhaustivo de los acontecimientos grandes y menudos de la época. El intento es exitoso no sólo porque Fuentes Mares llena esa condición, sino porque es uno de los pocos, felices historiadores, que poseen el dominio de la pluma. Por tanto, *Las memorias* ha resultado un libro de historia —sin duda lo es— cuya lectura resulta fácil, amena y sumamente divertida. El sentido del humor, la caracterización de momentos difíciles en unas cuantas palabras, el retrato magistral de los personajes que llenan esa época, son tales, que casi nos hace convivir con ellos esa comedia interminable de las equivocaciones, que fue la historia de México durante medio siglo. Además, se comunican conceptos históricos en una forma que, según creo, irritará menos a los que no los compartan, ya que al fin y al cabo terminan siendo los de Blas Pavón. Y claro, Pavón puede llamar prehistoria a la época prehispánica, período clásico a la colonia, edad media a los años de 1808 a 1860 y edad moderna, en adelante. Puede confesar su creencia en un solo Dios verdadero —sin que niegue que puede no ser una fe verdadera, sino el temor de quedar irremisiblemente solo— y su amor a la libertad “hasta el extremo del fanatismo”. ¡Ah! con la decidida advertencia de no ser libertario, ya que en el curso de “mi larga vida, he visto que todos los libertarios son aprendices de césares, enemigos de la libertad . . . [y] . . . para mí la libertad es una cosa tan simple y tan compleja como la posibilidad de ser hombre”.

Blas Pavón nació en 1790, por tanto, sus memorias conscientes empiezan con los acontecimientos fundamentales de 1808 y se extienden hasta 1877. Con la naturalidad y el sabor del que los ha vivido, Blas Pavón nos va narrando de los acontecimientos que tuvieron lugar de 1808 a 1821. Cómo de los españoles aprendimos a luchar por la libertad —“después se dijo que los mexicanos aprendimos eso de Francia, y no fue exacto”—, cómo aparecieron el terrible movimiento de Hidalgo, que tanto exponía a los criollos, la sociedad secreta de los “guadalupes”, Morelos, Mina y finalmente Iturbide —¡el extraordinario demagogo! como le llama Blas Pavón.

De su vida personal no dice gran cosa (al fin y al cabo, su intento no era ese) pero sí, de paso, nos informa que fue “un burócrata holgazán al servicio de todos los gobiernos, desde el virreinal hasta el último de Santa Anna”. También que de niño cogió una infección en el hueso de la cual resultó una cojera, que no sólo le impidió mezclarse en guerras, cuartelazos y motines “salvo mi breve intervención en la batalla de Cerro Gordo”, sino que tuvo consecuencias históricas, ya que “tratándose de cojos, supuse que Santa Anna, satisfacía ampliamente las aspiraciones de los mexicanos”. Y por último, sabemos que su única contribución a la sagrada causa de la independencia de su patria fue su mujer, que en 1821 le dejó por un teniente del ejército de las Tres Garantías, “ninguna de las cuales me sirvió para maldita la cosa”.

Los acontecimientos trágico-cómicos que vivió México después de 1821, vistos con la filosófica resignación de Blas Pavón y con su sorprendente “objetividad” cínica, no pueden sino provocarnos náuseas, especialmente al final de la época del “bello durmiente”, cuando el país, que en 1821 podía haber sido un pueblo “raquítrico, a medio cocer, pero pueblo al fin”, estaba constituido en 1845, según Pavón, por “ocho millones de sabandijas”. La plebe, que lo mismo enterraba la pierna destrozada de Santa Anna y a su caída la arrastraba por las calles de la ciudad, aplaudía “a rabiarse cada vez que pasaba su ídolo lleno de bandas y condecoraciones... [ya que]... gran jugador y mujeriego, ladino, inteligente si para ello no era preciso pensar, don Antonio era la representación viva de su patria”.

Los excesos llegaban a tal grado que de uno más de los pronunciamientos, se generó una verdadera revolución por obra de un grupo de hombres nuevos, de convicciones, que habían de regar nuevamente sangre en una guerra que era, sin embargo, “de limpieza interior”. Esta época, la Reforma y el Segundo Imperio, es la que nuestro Blas Pavón, sin duda, vivió más intensamente, y por lo tanto de ella proceden muchas de sus mejores páginas, aunque —como todo lo que se siente más hondamente— también en ellas sus esfuerzos objetivos le traicionaban a menudo y dejan salir a flote sus simpatías conservadoras. Esto no obsta para que personajes como Ramírez, Miramón, Vidaurri, Carlota, cobren vida y nos introduzcan en la maraña de sucesos.

Al final creemos, con el editor, que Blas Pavón escribe mejor que Fuentes Mares. Nosotros agregaríamos que también es menos apasionado y si al final no puede con don Benito, lo deja

un poco a un lado, y no se empeña especialmente en sacarle sus trapitos al sol.

Las últimas páginas no satisfacen tanto como las meditaciones filosóficas de las primeras, pero hay que contar con los achaques de la vejez que hasta le hacen equivocar su edad en 1877, ya que, nacido en 1790, no podía para entonces tener setenta y seis. No obstante, sus últimas frases son sorprendentes si consideramos que después de atestiguar tantas miserias, era optimista:

Soy un testimonio vivo del pasado, y mi experiencia no me sirve sin embargo para asomarme al futuro . . . La experiencia nos llega cuando nos resulta inútil. Con la facha de Moisés que tengo podría presentarme un día, en alguna tupida nopalera, para leer a los mexicanos una nueva versión de la Ley, pero me tomarían por loco, y seguramente me recluirían en alguna casa para enajenados. Y sin embargo, a pesar de todo lo que he visto, confío . . .

Josefina Zoraida VÁZQUEZ DE KNAUTH
El Colegio de México

Marianne O. de BOPP, *Maximiliano y los alemanes*. México, Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística, 1965. 331 pp. (Colección de materiales para la historiografía de México, 3.)

En la pequeña introducción que el señor José Domingo Lavín hace a esta obra, indica que la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística la publica como complemento de aquéllas que había dado a la imprenta con motivo del Primer Congreso Nacional para el Estudio de la Guerra de Intervención. Y sin duda ese carácter tiene primeramente la obra: el de ser una aportación más a la historia de la Intervención Francesa y al Imperio de Maximiliano. Pero, simultáneamente, dentro de las investigaciones de la autora, *Maximiliano y los alemanes* es un paso más en el estudio que ha emprendido para conocer y dar a conocer las relaciones y contactos entre la historia y la cultura de México y la historia y la cultura de los pueblos tudescos.

Lo que la autora se propone es presentar la actuación de los alemanes en torno al Imperio y a Maximiliano mismo. Por alemanes, nos explica, entiende todos los individuos de lengua alemana, puesto que la nación alemana no existía en aquel momento —si bien poco faltaría para que surgiera unificada—; entre ellos están súbditos austriacos, suizos, bávaros y de los pe-